

La religiosidad maya

Isabel Cabrera

Mercedes de la Garza, *Rostros de lo sagrado en el mundo maya*. México-Barcelona, UNAM/Paidós, 1998. (Biblioteca Iberoamericana de Ensayo)

El libro de Mercedes de la Garza, *Rostros de lo sagrado en el mundo maya*, es un texto valioso que nos introduce en una concepción religiosa que ha perdurado durante más de dos milenios. Los mayas de la época clásica, los mayas transfigurados por la conquista y la colonización religiosa, y los mayas de hoy día comparten una misma religión, pese a sus diversos matices y a sus diferentes ubicaciones en territorio mesoamericano. Para reconstruir esta concepción unificadora del mundo religioso maya, De la Garza recoge sus datos de fuentes de naturaleza y épocas muy diversas: los códices que se guardan en Madrid y Dresde; las figuras eternizadas en las estelas de los templos, los dinteles de las pirámides o las lápidas de las tumbas mayas; las tradiciones orales que recogen *Los libros del Chilam Balam* y el *Popol Vuh* del dominico Ximénez; los testimonios que nos devuelve del incendio Diego de Landa; los textos ya clásicos de Thompson, y estudios y testimonios de la cultura maya actual. El libro nos hace ver las diferencias como matices, a veces ligeras concesiones a la cristiandad, que revelan no obstante una misma concepción religiosa detrás, que se mantiene respetuosa de sus pilares fundamentales.

Estos pilares fundamentales, que sostienen y dan forma a la religiosidad maya son básicamente tres. El primero de ellos es la concepción espacio temporal y la historia de los orígenes asociada a ella. Los hombres de maíz se conciben inmersos en un tiempo cíclico, el tiempo de las cosechas, de los astros, el tiempo de la manifestación y el ocultamiento, de la creación y la destrucción; el tiempo que forma espirales, de tal forma que los sucesos se repiten, aunque de otra manera. Por su parte, el espacio tiene, como todos los espacios religiosos, figuras y puntos privilegiados. Así, se habla de un centro, a veces identificado con el sol, a partir del cual se forma una cruz que señala las cuatro direcciones del horizonte. Del centro irradian también el inframundo y los cielos, ambos en forma piramidal. A esta concepción

espacio-temporal se asocia una cosmogonía que –en cualquiera de sus versiones– narra unos orígenes similares y un destino común. Para el pensamiento maya, el cosmos se ha creado y destruido varias veces y cabe esperar que siga haciéndolo eternamente. En estas etapas sucesivas han nacido y muerto dioses y hombres –estos últimos usualmente creados de barro, madera y maíz– y la creación ha ido perfeccionándose, aunque nunca lo bastante como para alcanzar la autosuficiencia: el mundo volverá a apagarse y, mientras tanto, la criatura humana tiene la tarea de alimentar a los dioses, nutrirlos para que ellos, a su vez, mantengan con vida al universo.

El segundo pilar de la religión maya es un conjunto más o menos común de manifestaciones de lo sagrado. El poder que se hace presente en las fuerzas sobrenaturales, o que se reifica en dioses, o que se muestra en objetos simbólicos como ciertas plantas y animales; todo ello conforma un panteón compartido, y un conjunto común de hierofanías, es decir, de sucesos u objetos que revelan la presencia de lo sagrado para el mundo maya. Hay dos rasgos característicos de las deidades mayas que resultan especialmente sorprendentes, el primero de ellos es que los dioses mayas son imperfectos –de hecho, por eso requieren nutrirse para subsistir–, y el segundo es que son dioses ambiguos y multifacéticos. Cito un bello y sugerente pasaje del libro:

El panteón maya escapa a toda lógica conceptual y queda fuera del principio de no contradicción, como el ámbito de los sueños y de las fantasías. El mundo de los dioses es como un caleidoscopio: cada uno está en relación con los otros y todos están en continuo movimiento, produciendo imágenes diversas con sus distintas cargas de influencia, de tal manera que en un momento y un espacio, un dios puede representar algo y, en otros, una cosa distinta, y hasta contraria (p. 89).

Hay también un conjunto compartido de símbolos de lo sagrado: la religión maya sacraliza los astros, las fuerzas naturales, el fuego, el viento, el relámpago, etcétera, y señala un conjunto determinado de objetos simbólicos: el maíz, la ceiba, los hongos u otras plantas alucinógenas, así como ciertos animales, la serpiente, el jaguar, o algunas aves, entre otros. El texto de Mercedes de la Garza nos enseña a ver y reconocer estos símbolos en las estelas y dinteles mayas y a entender sus significados. Las diversas representaciones se convierten así en puertas hacia una concepción que, aunque para nosotros es cercana en historia y geografía, resulta de una hermosa extrañeza.

El tercer pilar se constituye por un conjunto de prácticas, ritos y conductas que han sido realizadas desde siempre con determinados propósitos. De

acuerdo con mi lectura del texto, De la Garza sostiene que la vida ritual de los mayas está orientada por dos propósitos fundamentales, aunque íntimamente ligados entre sí: la transformación y la renovación. El primer propósito se ilustra en los ritos de iniciación que —como señaló Van Gennep— son ritos de pasaje, prácticas donde se entra en otra dimensión, en una esfera sagrada (como diría Eliade, entre otros), y en cierto sentido se sufre una muerte, para salir o renacer transformado tanto espiritual como socialmente. De este tipo son los ritos de nacimiento, de iniciación en la pubertad, de matrimonio o los ritos funerarios; y también dominados por este propósito están los ritos por los que habrán de pasar los sacerdotes, chamanes y gobernantes para hacerse merecedores de su cargo; para citar un ejemplo elocuente, podríamos mencionar el rito que representa al hombre que es tragado por una boa inmensa, para resurgir de sus fauces como un digno gobernante maya. El sacrificio, por otra parte, de hecho ya presente en la mayoría de los ritos de pasaje, está básicamente orientado a un propósito de renovación y nos devuelve al punto de partida: la cosmogonía. La idea central es la de nutrir a los dioses para que ellos, a su vez, alimenten la vida y ésta no se apague. Pero como los dioses son impalpables, nos dice De la Garza, las ofrendas son muchas veces materias sutiles, como el olor del incienso o el sabor de algunos alimentos. De cualquier manera, la ofrenda principal es la sangre de seres vivos, en la que palpita la energía vital necesaria para la subsistencia. Para los mayas:

Hay una consanguinidad esencial entre los hombres y los dioses; la sangre es la energía vital cósmica que proviene de las deidades y retorna a ellas a través del sacrificio, para asegurar la existencia del cosmos. Sin sangre, los dioses perecen y el universo se acaba [...] Paradójicamente, dado el valor que atribuían a la vida, los mayas mataban para evitar la muerte (p. 156).

Así, el libro demuestra con inteligencia y rigor que, a pesar de sus distancias en el tiempo y el espacio, los mayas han compartido los mitos y ritos que conforman una religión específica, dominante en Mesoamérica y que se ha mantenido básicamente intocada por el cristianismo posterior. *Rostros de lo sagrado en el mundo maya* es un valioso libro que nos ayuda a comprender, a través de su concepción religiosa, a uno de los grupos humanos que conforman el mosaico de culturas que es nuestro país.

Después de este recorrido por el mundo religioso maya, el lector queda agradecido y sorprendido. Sorprendido de las diferencias entre la religión maya y otras religiones, y sorprendido también de las coincidencias entre la religión maya y otras religiones. ¿Qué podrán significar estas coincidencias?

¿cómo es que tradiciones religiosas tan diversas comparten mitos, prácticas o insistencias?, y ¿cómo es que pueden existir concepciones tan distintas de la deidad? Pero la reflexión que despierta en nosotros este texto toma también otros caminos: ¿cómo es que ha logrado sobrevivir esta religión a la colonización española, a la evangelización cristiana y, en general, a la influencia de occidente?, ¿en qué radica la fortaleza que ha permitido a la religión maya mantenerse viva mucho después de enterrados sus templos?